

REPERTORIO

DE

HIGIENE PÚBLICA

Y MEDICINA LEGAL.

ORFILA.

El ilustre español que supo conquistarse un puesto preferente entre los sábios franceses, el fundador de la toxicología, el antiguo decano de la facultad de medicina de Paris, el distinguido académico, el aplaudido escritor, el hábil médico, el bueno, el caritativo, el virtuoso Orfila, ha dejado de existir. La ciencia llora al hombre que consumió su vida en el estudio; que difundió sus luces entre los demas por medio de la enseñanza, y que la dotó de páginas gloriosas que harán imperecedera su memoria. Orfila vivirá para las generaciones venideras porque su nombre no puede borrarse de los anales de la medicina, porque tiene que correr unido á los adelantos de que le es deudora, y porque está retratada en él una de sus mas florecientes épocas. Lloramos nosotros,

como españoles, la pérdida del hijo, el patriado que ha dado mayor lustre á su nación, conquistándose lauros y trofeos entre los hombres mas célebres de un país extranjero; lloramos, como médicos, la falta del hombre instruido que se ha sacrificado por la ciencia, y cuyo vacío no podrá ser llenado fácilmente, porque nacen de tiempo en tiempo seres que se elevan á una altura á que no puede llegar la generalidad de los demas; lloramos, en fin, al amigo, al compañero, y al colaborador.

Sumidos en la mas profunda tristeza llenamos hoy el deber de trazar en unas cortas líneas los detalles relativos á la muerte y exequias del Dr. Orfila. El dolor nos impide estendernos en una narración harto penosa para nosotros.

Una neumonía grave, acompañada de accidentes atáxicos puso fin á la existencia del Dr. Orfila en la noche del viernes al sábado 12 de marzo, á los ocho dias de enfermedad. Sus exequias tuvieron lugar el 14 del mismo mes á las once de la mañana. El cadáver fue trasportado desde su casa á la iglesia de San Sulpicio, donde se cantó el *Pie Jesu* de Mr. Panseon por los alumnos del conservatorio, el *Miserere* de Mr. Fetis por MM. Ponchard, Battaille, Jourdan, etc., y la misa en honor del difunto por los afamados artistas del coro de esta iglesia. La fúnebre comitiva compuesta de los profesores y agregados de la facultad de medicina en cuerpo, de los miembros de la Academia de medicina, de la Escuela de farmacia entera, de muchos miembros de la Academia de ciencias, de la Administracion de los hospicios representada per el director general, dos inspectores, el secretario general y un gefe de division, un número inmenso de médicos, de personajes célebres por diversos títulos, de alumnos de medicina, de artistas, pintores, escultores, músicos, y por último, de MM. Paul Dubois, decano de la facultad, Berard, inspector general de la Universidad, Dubois (de Amiens), secretario perpétuo de la Academia de medicina, y Bussy, director de la Escuela de farmacia, que llevaban las cintas del féretro, se dirigió al cementerio del Monte Parnaso, donde se depositó el ilustre cuerpo, leyéndose en tan solemne acto diferentes discursos por MM. Berard, Dubois (de Amiens), Perdrix, Bussy, Barth, etc.

En estos discursos se halla retratada la vida y principales hechos de tan grande hombre, mejor de lo que nosotros pudiéramos hacerlo, y por ello hemos creído oportuno insertar á con-

tinuacion el pronunciado por Mr. Berard en nombre de la facultad.

Discurso de Mr. Berard, en nombre de la Facultad de Medicina.

Señores: Correspondia al decano de la escuela rendir homenaje á la memoria del antiguo decano, del hombre ilustre cuyo despojo mortal acaba de ser depositado en esa tumba. El jefe de nuestra corporacion habia aceptado este piadoso deber, cuando yo pedí que me fuese permitido llenarlo. ¿Qué título tenia para reclamar este honor? Ninguno. Pero el reconocimiento del discípulo hácia el maestro que le ha colmado de beneficios puede usurpar un privilegio que debia estar reservado al talento; y ahora, al aspecto de esa multitud numerosa y consternada, á la que un mismo pensamiento ha reunido en el campo del reposo, dudo. Yo sé que mi palabra no podrá corresponder á esta demostracion tan elocuente del dolor público.

La muerte hiere sin descanso á nuestra desgraciada corporacion; golpe sobre golpe, quita á la enseñanza sus mas gloriosos representantes; ayer Richard...! hoy Orfila...! Ah! esta pérdida es cruel entre todas las que han traído el duelo á nuestras almas.

Alumnos de las escuelas, venid con nosotros á llorar sobre esta tumba: llorad!.. Esa palabra tan clara, tan instructiva, tan penetrante, no la oireis mas! llorad!.. Ese maestro á quien queriais y que cifraba su dicha en adornar vuestra inteligencia, le habeis visto por la última vez.

Y vosotros, miembros del cuerpo médico, vosotros tambien, amigos de Orfila, no os separeis de nosotros en este momento supremo; concederéis algun testimonio de simpatía á la expresion de nuestros sentimientos; porque á ninguno preocuparon mas que á él los intereses morales y profesionales de los médicos; ninguno fué mas acsequible á los encantos de la amistad; ninguno mas fiel á su culto.

Séame permitido trazar en algunas palabras los principales accidentes de esta vida tan digna, tan útilmente empleada.

Señores, hay cerca de medio siglo que un jóven de facciones regulares, de fisonomía inteligente y fina, abandonaba su pais natal para venir á Paris á oír las lecciones de algunos de los profesores que brillaban aqui en esa época, y cuya reputacion habia llegado á ser europea. Estaba en el porvenir de este jóven extranjero crear una ciencia nueva, adquirir una reputacion sin igual en una de las cátedras de la escuela de medicina de Paris, ser colocado á la cabeza de la administracion de esta escuela, enriquecer sus colecciones anatómicas y dotarla con clínicas nuevas, organizar una parte de la enseñanza médica en Francia, tomar parte en las graves deliberaciones de la administracion de los hospitales de Paris, ocupar un asiento en el

consejo superior de instrucción pública, fundar una sociedad de socorros para los médicos ó para las familias de estos, servir aun á la ciencia y á la humanidad instituyendo en vida legados de una munificencia singular. Le estaba reservado conocer todo lo que los honores dignamente conquistados, las alabanzas merecidas tienen de mas lisongero; pero le estaba reservado también beber en esa copa amarga que la adversidad prepara en medio de los días felices.

Este jóven era Orfila; habia nacido en Mahon (Isla de Menorca) el 24 de abril de 1787.

Las circunstancias que habian preparado su partida para Francia demuestran ya esa naturaleza excepcional, ese amor á la ciencia, ese gusto apasionado por lo verdadero, que le distinguen en el resto de su carrera. En Valencia, en 1804, su maestro le enseña *que el aire y el agua son elementos*. Pero los nombres de Lavoisier, de Berthollet, de Fourcroy, habian pasado de los límites de Francia. Orfila se habia procurado sus libros y habia dejado de escuchar á su maestro. Sin embargo, la universidad de Valencia era acusada de insuficiencia, y se amenazaba suprimirla. Anuncia una especie de torneo científico entre sus alumnos y los de las universidades vecinas. Orfila se presenta: hace triunfar á esta universidad con candor á su discípulo: ¿y quién os ha enseñado todo eso? El ruido de este triunfo se estendió, y bien pronto la junta de comercio de Barcelona enviaba á Francia al jóven Orfila, á título de pensionado, para estudiar allí la química en sus aplicaciones á la industria y á las artes. Pero la guerra encendida entre Francia y España, una guerra larga y encarnizada, interrumpió las comunicaciones entre la junta y su jóven pensionado. Y cuando mas tarde este, movido por un sentimiento de excesiva delicadeza, ponía á disposicion de sus antiguos protectores los tesoros de la ciencia que habia acumulado en nuestro pais, la junta no podia dar ya cima á sus proyectos; pero ya la Francia habia adoptado á este hijo de la España. ¿Qué de seducciones no ofrecia á un jóven ávido de instruirse! Vanquelin le habia introducido en su laboratorio, Fourcroy le habia confiado el cuidado de preparar algunas lecciones de química orgánica.

Bien pronto Orfila abre un anfiteatro particular, y da lecciones de química, de medicina legal y aun de anatomía. En este modesto laboratorio es donde va á echar los fundamentos de una ciencia nueva, la *Toxicología*.

De aqui en adelante la justicia no quedará ya desarmada ó mas bien incierta, dudosa delante del crimen. Reacciones sutiles indicarán los vestigios mas fugitivos del veneno vertido por una mano criminal; ellas descubrirán su presencia, aunque se halle encubierto por los alimentos ó las bebidas; ellas lo seguirán á los humores animales y hasta el seno de nuestros tegidos.

De aquí en adelante también, mas de un asesino retrocederá ante la perpetración de un crimen, que no tendrá ya la esperanza de disimular. Ninguno de los libros publicados, antes de la *Toxicología* de Orfila, daba la menor idea de los procedimientos delicados inventados por este hábil experimentador. Se sabían buscar ciertos venenos disueltos en el agua destilada; pero si estaban mezclados al vino, á la leche, á la bilis ó al caldo, no se les hallaba. Bastaría tal descubrimiento para la gloria de un sabio, le daría aun títulos incontestables al reconocimiento de la sociedad.

Esto no era mas que el preludio de lo que esperaba á Mr. Orfila. A propuesta de Hallé, el autor de la toxicología había ocupado un lugar entre los miembros del Instituto, y poco tiempo despues la escuela abria sus puertas al que debía cautivar, sin fatigarla jamás, la atención de las generaciones de alumnos que se han sucedido desde 1819 hasta 1853.

Las circunstancias de su nombramiento le hacen demasiado honor para que yo me resigne á pasarlas en silencio. El día de la elección, Hallé, sufriendo y muy cerca de la tumba, se hacia trasportar á la escuela. Todos se admiraban y se apresuraban á felicitar al ilustre enfermo por la mejoría sobrenvenida en su salud. «No os engaños, dice, al ocupar su sitio, yo no estoy mejor, pero yo no he querido dejar escapar una ocasion de hacer un servicio á la facultad viniendo á votar por Mr. Orfila.» A lo cual el venerable Boyer, tomando la palabra; «yo estaba indeciso, dice, ya no lo estoy, y votaré también por Mr. Orfila.» ¡Qué nombramiento fue jamás mejor justificado! ¡Qué triunfo igualó jamás á este triunfo inaudito en los fastos de la enseñanza!

Los envidiosos (y desde largo tiempo ya habia merecido Orfila encontrarlos) se preguntaban si para este toxicólogo célebre, la medicina legal no quedaria reducida á la historia de los venenos. Orfila empieza; el vasto anfiteatro de la facultad no es bastante para la multitud que viene á oírle. Elige para objeto de sus primeras lecciones un punto de medicina legal extraño á la toxicología. Al otro día, los oyentes volvieron á la lección. Los días siguientes el anfiteatro estaba completamente lleno; y lo estuvo aun durante todas las lecciones del semestre, y durante los cuatro años que Mr. Orfila profesó la medicina legal, y durante los veintinueve que se consagró á la enseñanza de la química médica. Se pregunta el secreto de semejante fortuna profesoral. No lo busqueis en la elegancia pretenciosa y castiza del lenguaje ni en la pompa del discurso: el alumno podrá asistir algunas sesiones para oír á un profesor elocuente, pero le abandonará si no es mas que elocuente. Instruir, hé aqui todo el secreto para obtener la asiduidad de un auditorio. Este era el secreto de Mr. Orfila. Atendia solo á la claridad del lenguaje y no á redondear una frase; sabia sacrificar á tiempo las superfluidades, las cosas accesorias, para desarrollar las partes fundamentales de una cuestion; era metódico, pero no caía en el esceso de las divisiones y de las subdivisiones escolásticas; para cada proposicion daba la

demostración experimental, cuando esta era posible, porque sabía que un experimento grava mejor un hecho en la memoria que una simple descripción oral. Su elocución era fácil; su voz bien timbrada y poderosa, penetraba en todas las partes del anfiteatro; se animaba, se apasionaba á veces en sus demostraciones, sin dejar nunca de dominarse. La memoria, esa facultad tan injustamente despreciada, tan indispensable al profesor, no faltaba nunca á Mr. Orfila.

Añádanse á estas ventajas facciones nobles y espresivas; la edad parecia aumentar cada día su distincion, sin quitar nada á su encantadora regularidad.

Hé aquí muchos elementos de triunfo, y esto no es todo todavía. La ciencia hacia nuevos progresos, y sin embargo Mr. Orfila queria presentar todos los años un cuadro completo de ella á sus alumnos; hacia que durasen cinco cuartos de hora sus lecciones, y multiplicaba estas hácia el fin del semestre, hasta el punto de que su número llegaba á ochenta en lugar de sesenta. Perdon, señores, por la simplicidad de estos detalles, pero ellos pintan mejor al profesor de lo que podria hacerlo en otro lenguaje, y avivan en los alumnos que me escuchan el sentimiento de la pérdida irreparable que han sufrido.

¿Qué ambicion no quedaria satisfecha con semejante carrera en el profesorado? Orfila no soñaba en otra gloria. Pero su mérito iba á hacer recaer en él honores, y con ellos, aunque en una época lejana todavía, los disgustos que les acompañan con demasiada frecuencia. Yo no sé si él habia deseado el decanato, pero de seguro no lo habia pedido. La historia de su promocion no ofrece menos interés que la de su eleccion al profesorado.

La revolucion de 1830 habia vuelto á la Facultad á los profesores alejados de ella por la ordenanza de 1822. El ilustre Antonio Dubois, promovido al decanato, pero poco deseoso de conservarle, suplicó á Mr. Orfila que le acompañase al ministerio para tratar en él de un asunto administrativo. Apenas entran en el despacho del ministro, cuando Mr. Dubois se espresa en estos términos. «Señor ministro, mi edad es avanzada; poco celoso de conservar funciones administrativas, vengo á suplicaros que acepteis mi dimision del cargo de decano. Permittedme presentaros á Mr. Orfila, para quien pido la plaza vacante.» Al día siguiente, el nombramiento de Mr. Orfila estaba firmado. Hé aquí una nueva fase en la vida de nuestro colega. Vá á llegar á ser administrador; permanecerá toxicologo hábil, porque ha trabajado hasta su último día en la perfeccion de la ciencia que habia creado. Los cuidados del decanato no comprometen la regularidad de su enseñanza, porque antes que todo es profesor; nada puede contrapesar en su corazon el valor que da al reconocimiento de sus alumnos; y si quiere imponer á sus colegas la exactitud en el cumplimiento de sus deberes, sabe que debe darles el ejemplo. Su actividad bastará para todo. Los cursos se harán

en adelante con regularidad; los exámenes llegarán á ser rigurosos; los alumnos harán exactamente sus inscripciones. En lugar de ese edificio mezquino, desagradable, llamado *clínica*, de lo que no tiene mas que el nombre, va á elevarse una construccion elegante, regular, espaciosa, donde serán instaladas dos verdaderas clínicas, la una de cirugía, la otra de partos, institución preciosa donde médicos de todas las partes del mundo vienen en el día á recoger con nuestros alumnos las lecciones del hijo de Antonio Dubois. Salas de diseccion nuevas han remplazado á esas otras reducidas, fétidas é insalubres, en las que los mas laboriosos de nuestros alumnos comprometían su salud. En fin, la creacion del museo Dupuytren y de un jardin botánico, la trasformacion de nuestras galerías en las que se hallan acumuladas hoy día tantas riquezas: hé aquí los frutos de la administracion de Mr. Orfila. Muchas veces, durante un período de diez y siete años, la Facultad espresó por sus votos que estaba reconocida á los esfuerzos del decano. Mr. de Salvandy, que lo habia generosamente euvalentonado, quiso recompensarle en seguida, dando al Museo anatómico de la Facultad el nombre del administrador hábil que le habia hecho sufrir tan dichosa trasformacion.

En el consejo de los hospitales, al que Mr. Orfila habia sido llamado, daba cada día nuevas pruebas de ese tacto esquisito, de ese conocimiento de los negocios, de ese buen sentido práctico que formaban el carácter de su administracion. La existencia de las clínicas, la práctica de las autopsias podían llegar y llegaban á ser algunas veces ocasion de conflictos entre el consejo de los hospicios y la Facultad. El decano introducía en estos debates un espíritu de conciliacion que no escluia la firmeza, y se le vió en una ocasion enviar al ministro del Interior su dimision, que no fue aceptada.

La Academia de Medicina no ha perdido el recuerdo de las luchas que Mr. Orfila ha debido sostener en su seno. No ha mucho aun, su argumentacion precisa, nerviosa, metódica, nutrida de hechos, arrojaba un raudal de luz, y fijaba la opinion de la asamblea sobre una de las mas altas cuestiones que la Academia ha tenido que resolver. Pero una voz elocuente os dirá bien pronto lo que fue Orfila en las discusiones de la Academia, y cómo elevado á la presidencia ejerció este arte supremo y delicado de dirigir las deliberaciones de una asamblea. A otro amigo de Mr. Orfila dejaré el cuidado de decir lo que ha producido la Sociedad de prevision, fundada por el antiguo decano. ¡Pensamiento caritativo y generoso, nueva forma de esa solicitud activa con que abrazaba los intereses del cuerpo médico!

En fin, Mr. Orfila habia llegado al escalon mas elevado en la gerarquía universitaria. El rey le habia llamado al Consejo superior de Instruccion pública. Entonces fue cuando organizó las escuelas preparatorias, é hizo gustar al ministro esas reformas inteligentes que debían hacer los exá-

menes mas concluyentes y realzar el valor del diploma de doctor en medicina.

¡Qué bella vida, señores, y qué felicidad tan bien merecida! Parece que el alma se ensancha dulcemente viendo esta recompensa anticipada al trabajo y al noble uso de las facultades intelectuales! Esta felicidad no la debía Orfila solamente á sus triunfos en la carrera de las ciencias, de la enseñanza y de la administracion. La amistad habia embellecido su vida. Seria un admirable episodio la relacion de su amistad con un jóven artista de su pais y una familia distinguida que habia conocido en Nantes. Apasionado por las artes, habia unido su suerte á una jóven notable por sus talentos como por sus gracias y la amabilidad de su carácter. En su salon se reunia una sociedad escogida, en la que habia extendido el círculo de sus amistades.

¿Quién no hubiese tenido envidia á esta existencia? Pero antes de pronunciar sobre la dicha de un hombre, es necesario esperar su muerte. La revolucion de febrero estalló. Uno de los primeros actos del nuevo gobierno fue la destitucion del decano de la Facultad de Paris. Los infortunios se encadenan como los sucesos felices. Despues de haber reemplazado al decano, se le hicieron cargos sobre los actos de su administracion.

Orfila no quiso responder. Las cosas que habia hecho en interes de los estudios estaban allí, y respondian por él. Ellas escitarán aun el reconocimiento de los alumnos y de los hombres de ciencia, cuando despues de mucho tiempo se haya borrado el recuerdo de los tristes debates que han provocado.

Pareció soportar con una firmeza estóica la nueva posicion en que se encontraba. ¿Pero quién osaria calcular los estragos que tal esfuerzo podia producir en una organizacion vigorosa, en un hombre apasionado, habituado al poder desde largos años, y para quien la alabanza habia llegado á ser una especie de necesidad?

Orfila buscó una distraccion de sus penosos pensamientos en los triunfos que obtuvo en la enseñanza hasta su última leccion; en la afeccion de sus alumnos que no le faltó nunca; en la sociedad de sus amigos, que todos se habian agrupado alrededor de él desde que el infortunio le perseguía. Pero esta naturaleza activa necesitaba todavía otro alimento; lo buscó y lo encontró en las dulzuras de la beneficencia. Se sabe la munificencia de los legados que ha destinado á la Escuela de medicina, á la Academia y á otros establecimientos. De una estremidad á otra de la Francia, los médicos han acogido con aclamaciones este acto de liberalidad que tendrá pocos imitadores.

Señores, yo no sé que triste presentimiento me asediaba cuando oia anunciar á Mr. Orfila que hacia su donacion en vida para poder vigilar y dirigir la ejecucion de sus voluntades; me parecia ver en este lenguaje demasiado confiado una especie de reto hecho al destino humano; ¡ay! la

muerte debía herir al donador antes de la realizacion legal del beneficio. Esas felicitaciones que le llegan hoy todavía de provincias, deben ser depositadas sobre su tumba.

Orfila habia dado leccion la víspera del día en que cayó en cama para no levantarse mas; esta última leccion le habia fatigado singularmente; pero habia tenido valor para llegar hasta el fin: era la muerte del soldado en el campo de batalla. Su pulmon derecho habia sido atacado de pronto; la afección se presentó en seguida con un carácter de gravedad que hizo presagiar su funesta terminacion.

La noticia de que Orfila está en peligro vuela por Paris. Por todas partes se dirigea á su casa: amigos, médicos, alumnos; los que llegan interrogan con ansiedad la fisonomía de los que salen. Para escitar una solicitud semejante era necesario que hubiese en Orfila otra cosa mas que las cualidades del hombre público ó del sabio. Preguntad á los que le han tratado intimamente y os dirán como sabia hacerse amar. Un carácter igual, una dulzura inalterable, alegría, disposiciones benévolas hacian encontrar en su trato un encanto particular.

La situación de Orfila empeoró. Yo no trataré de pintar el dolor de una familia desconsolada, el extremo cuidado y valor de la compañera de su vida.

Habia pedido y recibido treinta y seis horas antes de su muerte los socorros de la religion. El sábado, á las siete y media de la mañana, arrojaba el último suspiro.

Pero el nombre de Orfila no será borrado de la lista de los médicos franceses; ya la Facultad de Medicina de Paris ha conferido el título de doctor á un sobrino de nuestro gran toxicólogo. Llevará dignamente, lo juzgo así por sus primeros trabajos, el nombre del hombre célebre á quien ha prodigado durante estos tristes días todos los cuidados de la piedad filial.

¡Orfila! ¡maestro venerado! tu me has acogido desde mis primeros pasos en la carrera que tu habias recorrido con tanto brillo; tu has sostenido mi valor en esas luchas difíciles que debían hacerme sentar un día á tu lado; tus bondades para mí fueron inestinguibles; recibe con indulgencia este testimonio bien imperfecto de mi reconocimiento.

Adios, ¡Orfila! ¡adios!

DEL DIAGNOSTICO DE LA LOCURA.

Diagnosticar la locura es en todos los casos resolver una cuestion médico-legal, quizá la mas árdua, mas arriesgada y difícil de

cuantas abraza la ciencia. El error en uno ú otro sentido ha de comprometer necesariamente grandes y respetables intereses, como que ha de dar márgen, ó á que se arranque indebidamente un miembro útil al cuerpo social, despojándole de todos sus derechos civiles, domésticos y personales, ó bien á que continúe en el pleno goce de ellos, con gran detrimento del bienestar público, de familia é individual, el que careciendo de libre alvedrío, y no debiendopor tanto ser responsable de sus acciones, se le deja en posesion de obrar libremente, y se le juzga por el *criterium* y por las leyes con que son juzgados los hombres aptos para deliberar bajo la influencia íntegra de su razon y de su voluntad. Ya ciña la corona de los reyes, ya vaya envuelto entre los harapos de la miseria, un loco exige que se le aisle, que se corten todas sus relaciones directas con el exterior, y que se le guíe por la mano como á un niño, para evitar los daños que á si propio y á los demas pudieran irrogar sus ciegos é irresistibles impulsos. El caso es que unas veces por esta tutela coactiva que es preciso ejercer con los locos, arrebatándoles sus derechos y representacion social, y otras por la irresponsabilidad que llevan consigo sus involuntarias acciones, es la locura un estado patológico que con sobrada frecuencia se imputa, se simula, y á las veces se disimula. Impútase por los que rodean al hombre, ya para quitarle el derecho de mirar por sus intereses y disponer de ellos segun le plazca, ya para escusar su autoridad ó representacion familiar; simúlase para sustraer de la accion de las leyes al criminal, para eludir el servicio de las armas y á veces para escitar la compasion ó la hilaridad públicas y obtener limosnas; disimúlase, en fin, por alguno ó algunos de los interesados y parientes del loco, en ciertos casos con malos fines, y en otros, porque si bien la enagenacion es como otra cualquiera dolencia, una desgracia y no una deshonor, sin embargo, supuesto trae consigo la pérdida del más precioso don de la Providencia, de los más nobles atributos del hombre, es trabajoso, es terrible confesar la degradacion morbosa de una persona querida. Así es que el médico llamado á decidir sobre el estado mental de un sujeto debe proceder con la mayor circunspeccion y detenimiento, no solo en la exploracion de él, sino en el exámen de su posicion, relaciones y circunstancias que puedan hacer probable la simulacion ó imputacion de la locura. Pero nunca deberá dejarse llevar demasiado de la conveniencia que pueda

difícil apreciar las modificaciones del semblante, actitud y maneras de los enagenados, modificaciones que en suma vendrían á constituir un carácter muy equívoco de la enagenacion. A decidir por él, bastaria observar á una persona bajo la influencia de cualquier emocion para tenerla por loca, mientras seria muy fácil considerar como cuerdo á un verdadero loco, si al explorarle se apercibia y fijaba su atencion.

Todos los maniógrafos están contestes en que los caracteres de la locura son múltiples, inconstantes, que se diversifican al infinito, y que si bien existen algunos cuya presencia no deja duda de la enfermedad, pueden faltar casi todos en muchas formas de enagenacion. Se puede asegurar que el verdadero carácter genérico de las alteraciones mentales consiste en la inespontaneidad de las acciones, en la pérdida del libre alvedrío, y hasta que esta de verifica, por mas oscilaciones que esperimenten las ideas ó los sentimientos de una persona no puede considerársela como loca, ni tratársela como tal. ¿Quién deja de tener sus sueños, sus delirios, sus quimeras, sus terquedades, sus momentos de tedio, de irritabilidad, etc? ¿Quién puede responder de la exactitud de todas sus percepciones, de la realidad de todas las impresiones que reciben y transmiten sus sentidos, del buen orden de sus ideas, de la propiedad de sus juicios, del buen camino, en una palabra, de todas sus operaciones mentales? Menester seria para estar libre de errores y debilidades que el hombre fuese perfecto, y la perfeccion es incompatible con su flaca naturaleza. De aquí nace sin duda el adagio que supone que de loco todos tenemos un poco, así como todos, aun los mas robustos, tenemos un poco de enfermos, porque en este mundo sublimar no hay nada absoluto ni en lo bueno ni en lo verdadero, ni en lo bello, por consiguiente no hay tipos de salud ni de cordura. Por esta razon á nuestro juicio, ha dicho Lelut que en su origen y en las disposiciones mentales que son su causa predisponente, ocasional ú orgánica, la locura es todavía razon y la razon es ya locura. Tambien Calneil afirma que los primeros pasos de la locura son la razon, y por mas extravagantes que parezcan á primera vista estas aserciones, un hombre que haya reflexionado detenidamente acerca de las alteraciones mentales las encontrará rigurosamente exactas. Asi para obviar inconvenientes, nosotros quisiéramos señalar de un modo preciso el punto de partida de la locura, y le fijamos en la pérdi-

da del libre alvedrío, porque este punto es el fundamento de las cuestiones mas importantes relativas á la enagenacion. Cuidándonos poco de las distinciones patológicas, cuyo interés es mas terapéutico que médico-legal, para nosotros debe calificarse de locura cualquier estado del organismo que conduzca á obrar necesariamente y sin eleccion, sea por impulsiones irresistibles, sea por ofuscacion de los sentidos internos ó esternos, si es que las perturbaciones de estos son capaces de afectar al dominio del yo. Bien conocemos los infinitos reparos que pueden oponerse á nuestro modo de ver, y que se nos culpará de confundir los estados mas heterogéneos, teniendo igualmente por locos á los que experimentan delirios idiopáticos, como á los que los sufren sintomáticos ó accidentales, á los que no han adquirido el desarrollo suficiente de sus facultades, etc., etc. Tambien se dirá que antes de la pérdida del libre alvedrío es donde están las alteraciones que verdaderamente constituyen la enagenacion, de las cuales dicha pérdida no es mas que una consecuencia. Cierto, y asi lo concebimos nosotros; pero como estas alteraciones se diversifican al infinito y no tienen un carácter fijo anatómico ni funcional, hé aqui por qué debemos recurrir al único fenómeno general comun á todas. Las alteraciones que determinan la locura, las creemos nosotros comparables con otros estados morbosos del organismo que siendo diferentes entre si, pueden ocasionar una consecuencia igual, un estado definitivo idéntico. Diversas alteraciones, por ejemplo, del órgano de la vista, pueden originar la pérdida de la facultad de ver, y sin embargo, estas alteraciones pueden existir con todos sus caracteres esenciales, sin dar lugar á la ceguera, porque no tengan toda la estension ó la intensidad necesarias á este resultado. De la misma manera puede haber alteraciones mentales esencialmente idénticas á las que experimentan los locos, sin que lleguen á producir la ceguera de la mente, la locura. Es mas, creemos que uno puede pensar, decir y hasta hacer locuras sin ser loco, mientras otro puede ser loco teniendo todas las apariencias y casi todas las formas de la cordura. La chocante diversidad de estos contrastes, se explica satisfactoriamente por la lesion ó por la integridad del libre alvedrío.

Por lo demas, nosotros tenemos á la locura por una enfermedad dependiente de trastornos del organismo material, sin que jamás hayamos podido concebir alteraciones morbosas en el prin-

cipio espiritual, alteraciones que amenguarian la sublimidad de su esencia. Pinel debia considerarlo tambien así al denominar la locura enagenacion del alma, y no enfermedad del alma, suponiendo, como se colige, que el alma se apartaba de los órganos perturbados y mal dispuestos para servir á sus determinaciones. Los elementos de la locura como los de la razon son inmensos, pues comprenden todas las sensaciones esternas é internas que el hombre experimenta. Segun Esquirol, los trastornos en el modo de sentir, de pensar ó querer, constituyen la enagenacion; pero si bien se repara, todos pueden referirse al sentimiento, porque en suma se quiere sintiendo, y sintiendo se piensa. No hay mas que ver el incommensurable campo que ofrecen los actos de la sensibilidad, para que se comprenda que tienen que variar al infinito los orígenes, y consiguientemente los fenómenos de la enagenacion.

De aquí resulta, que dos cosas tan complejas en sus elementos, y tan abstractas en su esencia como la razon y la locura, no han podido definirse, no ya de un modo claro, sino que ni aun de un modo verdaderamente útil, á pesar de los esfuerzos de filósofos y maniógrafos. Falret ha demostrado en el artículo *Folie* del Diccionario, que han sido vanos hasta el dia los practicados para definir la razon, y todos los alienistas convienen en que no hay una definicion exacta de la locura, afirmando algunos que es indefinible. No emprendemos nosotros una tarea que los hombres mas eminentes han abandonado; pero para partir de puntos fijos, y para justificar en alguna manera la opinion de no admitir por locos sino á los que obran necesariamente y sin espontaneidad, aceptaremos la definicion de razon establecida por Broussais en su curso de Frenologia, donde dice que *la palabra razon espresa el dominio del yo sobre todas las facultades del hombre convenientemente desarrollado*. Mas ó menos propia y precisa esta definicion, nosotros la encontramos muy apropósito para formar una idea recta del estado moral de los enagenados, los cuales han perdido ó no han llegado á adquirir ese dominio del *yo* por haberse trastornado ó no haberse desarrollado lo bastante sus facultades. De este modo de considerar la razon, se sigue la necesidad de admitir tres primeras y genuinas variedades de locura, una por insuficiencia, otra por ofuscacion ó perversion, y otra por aniquilamiento. En la primera, se comprende el idiotismo

con todas sus gradaciones, en la segunda las alucinaciones, manías y monomanías, y en la tercera la demencia.

Tienen de comun estos tres estados, muy diferentes por cierto entre sí, bajo el punto de visto patológico, el arrastrar al hombre á obrar indeliberada y necesariamente, quitándole su libertad moral. Que sus facultades no se hayan desarrollado, que se hayan aniquilado despues de adquiridas, ó bien que sufran un trastorno capaz de alterar la reciproca influencia de los órganos mentales y su concurrencia comun á las acciones humanas, su razon sufre un entredicho que la impide presidir á sus deliberaciones. Porque así como un edificio es resultado de la combinacion bien ordenada de los materiales, así la razon es el resultado final de las sensaciones internas, de las impresiones esternas, de las percepciones, de las ideas y de los juicios, en cuya serie de operaciones, intervienen las múltiples y diversas facultades é instintos admitidos por la escuela frenológica. El edificio material puede no llegar á formarse por falta de algunos de los principales componentes, ó porque estos no se hayan combinado de una manera á propósito, y tambien puede despues de formado destruirse ó tornarse inservible por deterioro ó destruccion de algunas de sus partes. De la misma manera, el edificio moral *razon* puede no llegar á desarrollarse por la carencia de alguno ó algunos de sus principios elementales, ó dejar de influir despues de desarrollado, por el deterioro ó perversión de los mismos. En la patologia mental se ha tratado de separar de la locura cierta clase de delirios, como por ejemplo, los delirios llamados agudos, los que acompañan á las fiebres esenciales, los que subsiguen á ciertos ataques apopléticos, los producidos por causas fugaces como la embriaguez y los que se desenvuelven bajo la influencia de ciertos agentes tóxicos, vr. gr. algunas plantas solanáceas, el hachise, etc. No hace á nuestro propósito demostrar las dificultades que en muchos casos ofrece distinguir entre sí y de la locura tales estados anormales; pero no podemos ocultar que, aun cuando se tenga por absurdo, tendemos á comprenderlos todos en la enagenacion. Lo creemos necesario así para tener algun dato seguro á que atenernos, pues por mas que hemos reflexionado en la materia, á la vista de los escritos de los mas autorizados maniógrafos, no hemos encontrado mas carácter constante y genérico de la locura que la pérdida de la libertad moral, de la

cual son necesarias consecuencias, la incapacidad y la irresponsabilidad. Así para nosotros siempre que exista esta falta de libertad existe la locura, sea larga ó corta su duracion, sea producida por causas conocidas, ó ignoradas, sea idiopática, simpática ó sintomática, transitoria ó persistente, etc., etc. Creemos que considerándola así, se evita el calificar á uno de loco por ciertas extravagancias ó excentricidades, ó faltas, ó crímenes compatibles con el libre albedrío, dando á entender desde que se afirma la existencia de la locura, que el hombre está subyugado por un instinto ó pensamiento delirante que le avasalla. Este modo de discurrir tiene á nuestro modo de ver otra ventaja. Como el vulgo supone ser la locura una enfermedad incurable, basta que un sujeto haya estado loco, para que se le mire siempre con dañoso recelo, aun cuando haya recobrado enteramente su razon. Si se establece la costumbre de tener por locos á los que por ciertos males ó bajo ciertas influencias, pierden transitoriamente su libertad moral, se modificará esta opinion errónea, y los locos curados serán mirados como otro cualquier enfermo que vé restablecida su salud.

Verdad es que por nuestra doctrina aparecen como irresponsables los ébrios que voluntariamente han perdido su espontaneidad, embruteciéndose por su gusto; pero si del estado de embriaguez se juzga por los principios de una sana filosofia, se comprenderá que la responsabilidad de él, mas bien que á los actos ejecutados bajo su ciega influencia, debe referirse á la imprevision que ha conducido al hombre á desprenderse de su razon. Como un ciego que caminase solo por los campos no sería responsable de penetrar en un terreno vedado, (suponiendo que por ningun otro sentido podia apercibirse de la infraccion), y lo sería hasta cierto punto, si teniendo lazarillo que le guiase, por su sola voluntad y sin ningun justo motivo se hubiera apartado de él, así el ébrio no es responsable de obrar indeliberadamente cuando no es dueño de hacerlo de otra manera; pero si es culpable de haberse puesto en aquel estado. Porque aun cuando la medicina viene observando que muchos ébrios están en un verdadero estado morboso (*dipsomania* de Huffeland) que los arrastra inevitablemente á beber, estos casos son limitados é insuficientes para disculpar á la generalidad de los bebedores que de ordinario se entregan voluntariamente á un vicio reprobable.

No trataremos de acumular razones en pro de nuestra opinion acerca de la locura, porque no es este el principal objeto de nuestro articulo, y porque reconocemos que el imponerse el deber de averiguar el estado de libertad ó coaccion moral, quizá lejos de facilitar el diagnóstico le dificulta. Pero siendo tan vagas y mal discernidas las voces de trastornos ó desórdenes de las facultades sensoriales que pueden dar márgen á errores de trascendencia en su apreciacion, nos ha parecido necesario dejar sentado un hecho fijo, constante, general é invariable, hácia el cual se dirijan las investigaciones, único que importa determinar con exactitud en todos los casos porque es el solo que justifica las medidas que es preciso tomar para con los enagenados. Poco serviria decir que un sugeto tenia ideas ó sentimientos que se apartaban de la razon para incapacitarle ó hacerle irresponsable, si pudiera creerse que en medio de estas ideas ó sentimientos no razonables, conservaba el uso de su libre alvedrio (1). Asi es que el médico debe tener siempre muy presente que solo al hombre que ha perdido su espontaneidad de accion, se le pueden dispensar sus deberes y arrebatar sus derechos, por consiguiente que solo al que se halle en semejante caso se puede en conciencia calificar de loco, si se quiere no atropellar los intereses mas respetables.

Consignadas estas premisas, y deduciéndose de lo dicho que es inútil para reconocer la locura querer establecer una definicion, viendo en seguida si cabe en ella el caso que se analiza, lo mismo que es inútil buscar algunos caracteres inequívocos para comprobarla, nos hallamos en el caso de manifestar que solo la reunion de muchas probabilidades puede suplir la falta de seguros datos, y que para reunir las es menester formar una especie de sumaria, informacion ó proceso, donde por la natural oscuridad del asunto, no cabe una prueba plena, sino lo que en lenguaje de los jurisconsultos se llama, prueba de indicios. A fin de que estos tengan el valor necesario para servir de fundamento á un dictámen, y engendrar una conviccion firme, es preciso analizar las relaciones del que se dice enagenado, y sus antecedentes, dirigirle

(1) No está en nuestro ánimo analizar la opinion filosófica de los que niegan al hombre en su estado normal la libertad de accion. Por muy al caso de nuestro articulo que pudiera parecer esta discusion, la desechamos por estéril y peligrosa.

interrogatorios y tanteos, practicar una observación paladina y otra reservada, y últimamente ensayar en el crisol de la ciencia los datos recojidos por todas estas vías, deduciendo el valor de ellos, de los hechos que aquella posea.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

RELACION SOBRE UN HECHO PERTENECIENTE Á LA SIFILIZACION.

(Individuos que componen la comision; *M.M. Velpeau, Ricord, Lagneau, Roux y Begin, relator.*)

(CONTINUACION.)

Durante este periodo, á los veinte y dos dias de la existencia de los chan-cros amigdalinos, nuestro experimentador resolvió inocularse la materia que suministraban. A este efecto, dos horas despues de haber limpiado bien la superficie de la amigdala izquierda, recogió la serosidad apenas purulenta que acababa de formarse, y la inyectó, con una lanceta nueva, por una picadura muy superficial, en la cara anterior de su brazo izquierdo.

Los diez primeros dias despues de la inoculacion se pasaron sin que se observase nada de particular; pero al dia siguiente, Mr. L... notó una pequeña pápula del tamaño de una cabeza de alfiler, de unrojo rosado, de una dureza notable, sin areola ni dolor, aunque se la tocase con mucha fuerza.

Hácia los quince dias, esta pápula, agrandada progresivamente, hasta tener el volúmen de una lenteja, se cubrió de costras, que se reunieron en una sola, bajo la cual existia una serosidad rojiza.

Esta serosidad suministró á Mr. L... materia para cuatro inoculaciones, que fueron repetidas cada cinco dias por espacio de veinte, lo que formó un total de veinte introducciones sucesivas del producto morboso.

Sin embargo, la úlcera primitiva, aplanada y conservando la forma redonda, tenia el tamaño de una pieza de un franco, cuando de repente, cuarenta y cinco dias despues de la primera inoculacion, sobrevino un principio de inflamacion y de induracion de los bordes de la úlcera, con dolores lancinantes, con una aceleracion del pulso, que daba hasta 130 pulsaciones por minuto, y se formaron cuerdas duras, radiadas, que se cubrieron de pápulas.

Sin que se hubiese empleado ningun tratamiento especial, la úlcera

disminuyó en seguida. A los treinta y siete dias de la invasion de los últimos accidentes, se presentaron en las piernas, el esternon y las costillas, dolores como reumáticos que retuvieron al experimentador en la cama durante cinco dias, y cedieron despues de repente, bajo la influencia de un sudor abundante, seguido de la erupcion de pápulas en gran cantidad sobre todo el tronco.

A los diez dias de esto, el 10 de Octubre, el autor de esta curiosa observacion se disponia á empezar un tratamiento higiénico, como él le llama, cuando atrajo su atencion la doctrina de la sifilizacion. Se informó del fundador de esta práctica, y reliere de este modo la conversacion que tuvo con él.

«Para sifilizar á un hombre, se le dijo, y para curarle de la sífilis constitucional, se necesitan á lo mas nueve inoculaciones hechas con tres pus diferentes. Se escoge al principio un pus bueno, despues uno menos bueno, y en fin uno malo. Con cada uno de estos pus se hacen tres inoculaciones con cerca de una semana de intervalo, lo que basta para sifilizar á un hombre con él. Despues de estas nueve inoculaciones, se puede tomar pus de un chancro, el mas fagedénico, sin producir ningún resultado por la inoculacion. Estas inoculaciones deben ser hechas con una lanceta que tenga la forma de una aguja muy gruesa, y punzando hasta lo vivo, lo que tiene la grandísima ventaja de no hacer mas que un agujero pequeño, en el cual se estiende muy lentamente el pus chancroso, mientras que con las lancetas ordinarias se hace una herida triangular que da nacimiento en seguida á un chancro muy estenso.»

En virtud de estas seguridades y esplicaciones, nuestro joven médico se sometió públicamente, el 17 de octubre último, diez y siete dias despues de la erupcion general de pápulas que terminó la segunda fase de sus experimentos, á una nueva inoculacion, practicada en el lado esterno del brazo izquierdo, por el mismo autor de la doctrina de la sifilizacion. El pus fué tomado del segundo chancro de un individuo que estaba sufriendo tambien el esperimento; este chancro databa de veinte dias, y provenia del sexagésimo chancro, poco mas ó menos, de otro sujeto, que ocho dias mas tarde se presentó como sifilizado.

Desgraciadamente, á los ocho dias, este chancro inoculador habia llegado á ser fagedénico; habia habido error, el pus no poseia las cualidades apetecidas, y el esperimento arriesgaba faltar desde su origen.

Impaciente por corregir este error, Mr. L... se apresuró á hacerse practicar, en público siempre, dos inoculaciones nuevas con una lanceta, una en el brazo izquierdo, por encima de la primera, y otra en el prepucio, con pus de un chancro primitivo que tendia á ser fagedénico.

Seria imposible seguir al autor de esta narracion en la minuciosa enumeracion que hace de las inoculaciones que sucedieron á esta última. Las fechas, el origen del pus, las regiones en que tuvieron lugar las inserciones, son notadas con el mayor cuidado: nada falta á las genealogias de las

diferentes úlceras. Lo que bastará para la Academia, es saber que fueron determinados de este modo veinte chancros, á intervalos muy irregulares ya con alfileres, ya con lancetas, por el autor mismo ó por otras personas; las tres últimas inoculaciones no databan mas que de dos dias, cuando Mr. L... se presentó á la comision.

De estos chancros, doce procedian de la primera inoculacion ó sus productos, y ocho de la segunda, la del chanero primitivo ó sus descendientes.

El autor reasume los hechos observados en si mismo en las proposiciones siguientes.

1.º De los doce chancros que tenian por origen la primera inoculacion, los que han pasado de los diez dias han llegado todos á ponerse fagedénicos, á escepcion de uno situado en el pene.

De los otros ocho, que provenian de la segunda fuente, uno solo, que se encontraba en el centro del fagedenismo, llegó á ponerse fagedénico.

2.º El fagedenismo de los primeros chancros no fue atenuado por los chancros que siguieron.

3.º El fagedenismo procede, en parte, del asiento de los chancros.

4.º Los primeros chancros no influyen en nada en el tamaño de los siguientes y reciprocamente, solo que el desarrollo de los últimos se hace con lentitud.

5.º Las inoculaciones no han tenido influencia directa sobre el desarrollo de la sífilides constitucional.

Comprobados estos conmemorativos, Mr. L... se prestó con la mayor complacencia al examen de su persona.

Este jóven médico es de edad de 27 años, rubio, de una estatura elevada, y de un temperamento linfático y nervioso. Hasta la época de sus esperimentos gozó de buena salud, y no ha tenido nunca afeccion alguna venérea. Se observan en él las lesiones siguientes.

1.º En el brazo izquierdo, una cicatriz ligeramente endurecida todavia del chancre núm. 1.º, lisa, rojiza, no dolorosa y de la estension de una pieza de un franco.—Fuera de esta cicatriz, en el lado esterno del miembro y sobre una línea casi vertical, nueve úlceras chancrosas, de las cuales cuatro, de fondo grisáceo, estensas, están todavia progresando ó solamente estacionarias, y cinco, de un aspecto menos desfavorable, están en via de reparacion mas ó menos avanzada.

2.º En el brazo derecho, seis úlceras, cuatro de las cuales presentan un carácter fagedénico terebrante muy pronunciado, y las otras dos ofrecen mejores disposiciones.

3.º En el antebrazo izquierdo, tres picaduras que datan de dos dias, rojas, pero no ulceradas todavia.

En los dos brazos, á consecuencia de la aproximacion de las picaduras de inoculacion, muchas úlceras han llegado á ser confluentes; una inflamacion aguda y dolorosa las rodea; la supuracion que suministran es abundante; el fondo de la mayor parte de ellas es grisáceo; sus bordes son espe-

sos, no endurecidos, cortados en pico y ligeramente dentellados. El conjunto de estas lesiones presenta, como se dice en cirujía, un mal aspecto.

4.º En todo el cuerpo, y particularmente en el tronco, está estendida una erupcion abundante, que consiste en pápulas escamosas, cobrizas, y en algunos puntos en pústulas de ectima plano ó lenticular, algunas de las cuales presentan, bajo sus costras, un principio de supuracion.

Por otra parte, á escepcion de cierto grado de demaeracion y de un aspecto de sufrimiento general, la salud de M. L... parece satisfactoria; está lleno de valor y de confianza, y anuncia la intencion de recurrir al fin, contra su enfermedad, ya antigua y que ha llegado á ser séria, á los medios regulares de la terapéutica.

Nosotros sentimos no haber vuelto á ver á M. L...; pero cualquiera que haya sido el resultado del tratamiento que haya podido poner en uso, este resultado no podria alterar en nada lo que enseñan los esperimentos á que se ha entregado.

M. L... se acusa en su nota de no haber observado exactamente las reglas de la sifilizacion, y parece debilitar con esto su propia observacion. Que se asegure: el método es elástico, los chancros pueden comunicarse, dice su autor, segun tres modos; 1.º, unos despues de otros, el segundo cuando el primero está á su fin, el tercero cuando el segundo está terminado, y así de los demas; 2.º, sucesivamente tambien, pero con la particularidad de que el segundo se inocular á mediados del primero, etc.; y 3.º, en fin, todos á la vez, de manera que marchen juntos. En el primer caso, es necesario, para que la sifilizacion llegue á ser completa, menos chancros y mas tiempo; el tercero necesita menos tiempo y mas chancros; el segundo ocupa un término medio, tanto por lo que respecta al tiempo cuanto por lo que hace relacion al número de los chancros necesarios para la *sifilizacion* (1). M. L... ha procedido, pues, conforme á los preceptos, y debe con tanta mas razon dejar de imputarse los accidentes de que es víctima, cuanto que ha sido inoculado primitivamente por la mano del maestro, y con pus escogido por él.

¿No es notable, para decirlo de paso, que despues de haber soportado inoculaciones de pus chancroso, repetidas cada cinco dias por espacio de dos meses, lo que hace ascender cuando menos á doce el número de las inoculaciones, pareciendo haber sido muchas de ellas múltiples, M. L... se haya mostrado mas tarde tan dispuesto á recibir todavia y á conservar su sifilis? ¿Sus primeros esperimentos no habrian debido hacarle creer que era poco apto para contraer esta afeccion, ó que estaba definitivamente sifitizado?

(1) Archives générales de médecine, 4.ª serie, t. XXV. p. 419.

Se continuará